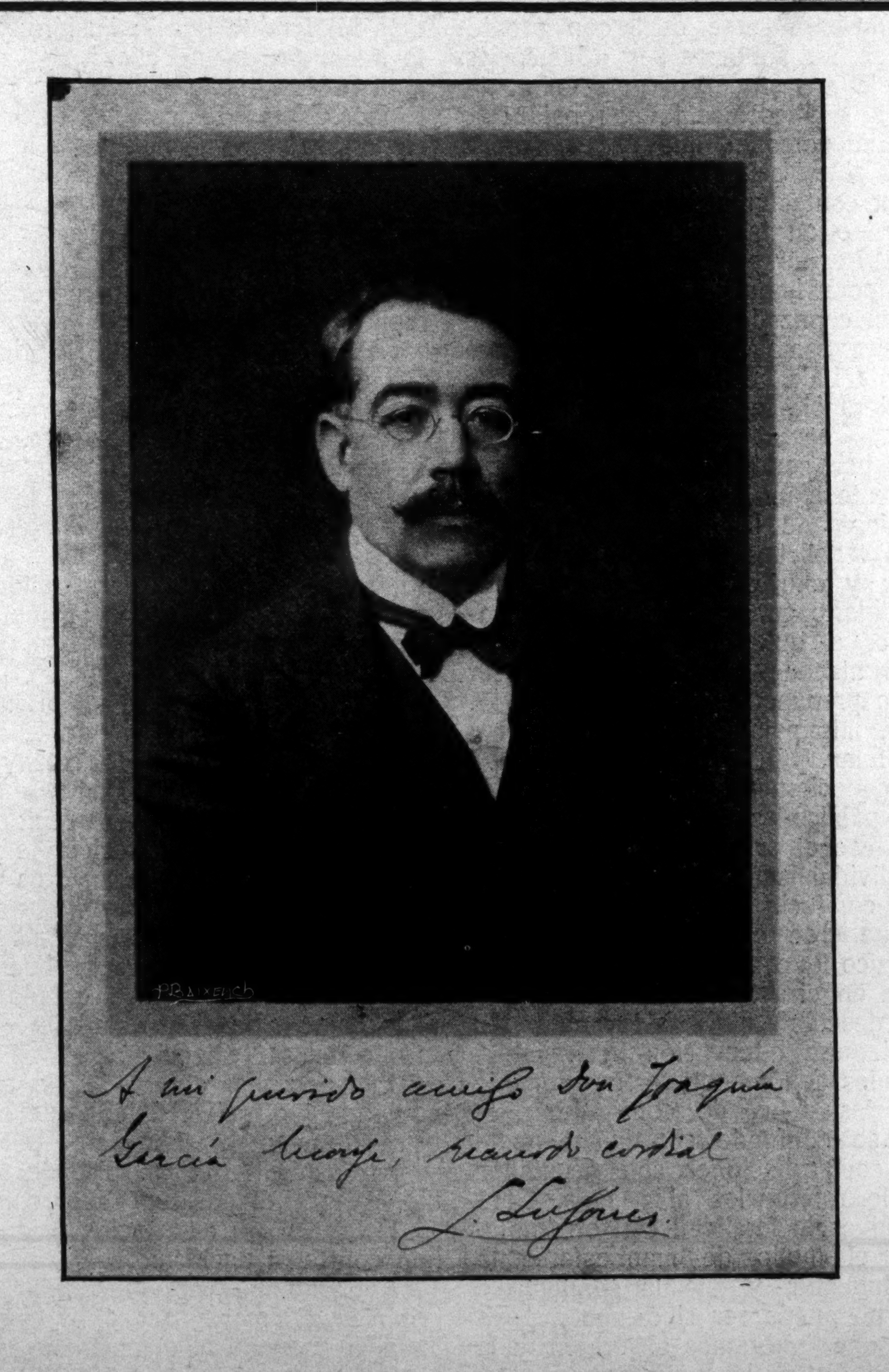
Tomo X

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 8

San José, Costa Rica **1925** Lunes 27 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



La hora de la espada

Buenos Aires, 17 de Marzo de 1925.

Señor D. Joaquín García Monge.

Mi querido amigo:

Acabo de leer en su siempre interesante Repertorio, la carta abierta que me dirige don Enrique Molina, profesor de la Universidad chilena de Concepción.

Mucho me ha interesado la lectura de esa elocuente página, destinada a controvertir ideas, es decir, a honrar mis opiniones con una refutación. Por fin uno que prefiere la discusión a la diatriba personal, exactamente como yo lo practico, fomentando con el ejemplo la cultura de la mente y del carácter.

Nuestro amigo Glusberg suele decir con propiedad, que en América no sabemos ser adversarios. Cualquier discrepancia nos enemista personalmente. Yo añadiré que así lo envilecemos todo, rebajándolo al nivel de la miseria personal, que si es verdad merece compasión, y si es calumnia, desprecio.

Vale, pues, la pena contestar al Sr. Molina, aunque también haya incurrido en la debilidad de sospecharme adulación a Leguía e incitación al aplauso palaciego, como si fuera imposible hallar por ventura un solo demócrata capaz de creer en la probidad de los que no piensan como él. Pero, nadie ignora que desde César hasta Luis Felipe, y desde Séneca hasta Voltaire, la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática...

Empezaré, pues, por comunicar al Sr. Molina, que el público asistente a mi discurso, no aplaudió, precisamente, la apología de la espada ni el juicio sobre la democracia legalista, lo cual mostraba su desacuerdo conmigo; y que el Sr. Leguía, además de tenerse por mandatario constitucional, es un gobernante democrático, a quien la clase pudiente cuyos privilegios ha atacado con dureza, reprocha como una felonía «la predilección por el populacho». Tirano, o lo que sea, mis palabras no convenían a su actitud sincera o falaz.

Si el Sr. Molina conociera mi tradición de orador —hablo rara vez en público—sabría que jamás perseguí el aplauso. Profeso el culto de la minoría perfecta, es decir el individualismo absoluto; no hago política ni pretendo conducir a nadie; carezco del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios, y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de *la* verdad. Sé que en el estado actual del conocimiento, es imposible descubrir ninguna ley natural o divina: vale decir ninguna adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos, a un dominio ilimitado de frecuencias. Que, de consiguiente, la noción del porvenir se confunde con la del azar, pues todas nuestras comprobaciones son resultados estadísticos: y con ello, referencias al pasado. Considero que la voluntad es la fatalidad con otro nombre, o mejor dicho el modo de manifestarse la fatalidad en el ser humano; y que la conducta o dirección de la vida, no puede ser sino una imposición arbitraria, desde que ignoramos el origen y la finalidad de la vida misma, si tiene alguna.

La libertad, o sea la facultad de dirigirse cada uno de acuerdo con su conciencia, resulta, así, una ilusión desvanecida. Ella era el fundamento de la ideología demócrata del siglo XIX; y por esto, tras ella, fracasa la democracia.

Así nos lo han ratificado prácticamente, la guerra, primero, y acto continuo la ciencia con el relativismo de conceptos y de fenómenos, constituyendo la demostración *efectiva* del realismo maquiavélico, anti-cristiano y anti-liberal a la vez.

Los que hemos abandonado, pues, la ideología democrática, tenemos razones muy poderosas, aun cuando apenas las he esbozado aquí; que en cuanto a la rebusca de aplausos, dicho cambio de posición sólo nos atrajo impopularidad y malquerencia. Nada más intolerante que la ilusión, y las religiones son la mejor prueba de ello.

Ese desengaño racional es ya un benefício de la espada. Queda establecido, así, que la Patria, la sociedad, la vida misma, hasta la paz posible, son estados de fuerza. La vida, manifiesta en aquellas formas políticas y naturales, es, bajo su doble acción de resistencia a los agentes destructores, y de captación destructora a su vez, pues sólo subsiste destruyendo seres para incorporarse su vitalidad — es, repito, lucha y conquista.

Así se ha restablecido el principio de combate, y con él, en la ineluctable necesidad de la guerra, la noción heroica de vivir. Querrámoslo o no, el hombre es un animal de combate. Basta, para demostrárnoslo, la actitud de los actuales anti-militaristas, anti-capitalistas, anti-patriotas: lo primero que hacen es empuñar la espada para imponer su sistema. Desde Jesús hasta Lenín es exactametne la misma cosa. El primero declara con la tan citada frase evangélica (Mateo, X, 34): «No penséis que he venido para traer la paz al mundo, sino la espada».

Y el segundo sentencia en el nuevo evangelio de Moscú: «el pacifismo es un prejuicio burgués».

No soy yo quien primero le ha llamado culto del miedo al pacifismo, sino Trotzky en sus proclamas al ejército rojo. Al marxismo, que no a la reacción, pertenece, como fórmula redentora, la declaración de la guerra social sin misericordia y sin límites.

Y lo que se procura así, es el bien del mundo por medio de la espada.

La hora de la espada señala otra vez en la historia un desenlace que será bueno para el mundo, porque iniciará un nuevo estado de equilibrio, propicio, como toda normalidad de igual carácter, al desarrollo de la civilización.

Ella necesita, ante todo, un orden: vale decir un equilibrio jerárquico. Estado que no puede alcanzarse ni mantenerse hasta hoy, sino por medio de la fuerza.

¿Será posible organizarlo de otro modo? La actitud de los ideólogos avanzados, comporta una negativa.

Pero, no son ellos solos quienes proceden u opinan contra el pacifismo.

Ayer, no más, era Macdonald reforzando la flota británica del mar y del aire; hoy mismo, al despedirse de la política, el eminente Mr. Hughes, el asesor a quien debe Chile su reciente triunfo jurídico sobre el Perú: «sepamos huir, dice, de la belicosidad

excesiva, tanto como del pacifismo envilecedor».

Pero, acabo de citar a Chile, patria del señor Molina. ¿Y allá qué vemos?

La restauración, por medio de la espada, del ilustre demócrata señor Alessandri, aquel que se autoproclamó con fervor «presidente de la canalla», y su arribo victorioso, al mismo tiempo que un lote de adversarios políticos abandona deportado el país, exactamente como en el Perú del señor Leguía...

Y por si no bastara, a título de coincidencia ejemplar, el triunfo chileno en Washington, por aceptación jurídica del derecho de conquista. Pues, a pesar de cuanto diga el pacifismo, la victoria da derechos.

Conforme se vió y sigue viéndose desde 1914 hasta hoy, la guerra es un fenómeno natural como la muerte. Está en la condición humana, y suele ser la expresión de los amores más hermosos y fecundos: el de la mujer y el de la patria.

No es menos cierto que el peligro ennoblece porque enseña a dominar el miedo y aumenta la propia responsabilidad. La noción heroica de la vida es una exaltación de la vida misma. Cuando el amor engendra la lucha y mata, es tan humano como cuando engendra la vida. Es que se trata de una pasión natural, y la naturaleza no sabe de bien ni de mal, de razón ni de justicia. Ante la naturaleza, es tan hijo el tigre como el cordero que la fiera devora.

Así se inicia una nueva civilización semejante a la pagana: civilización estética, porque considera que el goce de vivir es el objeto de la vida. Y con ello, individualista y jerárquica. Mientras fracasa con la guerra que no supo evitar, no obstante su pacifismo ecuménico, la civilización ética que impuso al mundo la tristeza y el colectivismo en la igualdad menguada de la miseria y del dolor.

Toda nivelación es rebajamiento y toda exaltación es desnivel. Por esto no existe igualdad más perfecta que la muerte.

El dilema plantéase, pues, entre la democracia, que es el triunfo cuantitativo de los menguados, y la constitución de una aristocracia por la victoria cualitativa de los mejores, que puede ser gloriosa tiranía en el individuo considerablemente superior.

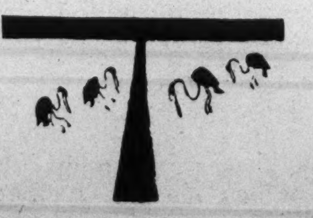
Y creo que esto es lo que va a triunfar por la espada.

El mal, el dolor, la muerte, son accidentes de la vida inexorable y desigual; pero, con todo, soberanamente hermosa.

Vivámosla como es, no como nuestra mísera ilusión la lucubra: en la realidad del poderío que ella confiere misteriosamente al mejor, en el esplendor de la fuerza que es la expresión suprema de su victoria.

LEOPOLDO LUGONES

NOTA.—La carta del Sr. Molina, Rector ilustre de la Universidad de Concepción, Chile, puede verse en el N.º 22 del tomo 9 del REPERTORIO AMERICANO.



Puntos de vista

La vida es limpia como la fuente que ensucian los cerdos...

La muerte es una interrogación. (Quiero decir que no es una respuesta).

Lo primero es la fe. El triunfo es el efecto de la causa, cuando la causa es fe. (Jesús se paraba en una plataforma de fe para conquistar la fe). El éxito en la tierra es el cultivo de la fe terrenal.

Necesitamos EMBRIAGARNOS para dejar de ser hombres. (Más cerca de nosotros estaremos: mejores dueños de nuestro «derecho de humanidad» seremos si no nos embriagamos...)

Tú serás hijo tuyo en la vida. Aprende a conocer a tu hijo antes de darle lecciones: mañana serás digno de quien has sido.

Tras de una idea no debe haber pasión, sino un hombre que sea la personificación simbólica de la idea expresada.

Si tú crees en la castidad de tu desnudez, desnúdate ante los ojos del mundo.

En un país seco (Suiza, los Estados Unidos de América) las cantinas son la ilusión de una mujer bonita. En otras partes son como una ramera.

El reino del mérito no tiene período.

En los corazones fríos se apaga el fuego.

Los «hombres públicos» son interesantes, pero también por eso son mediocres.

El hombre «artista» mira con los ojos cerrados.

ARTURO MEJÍA NIETO

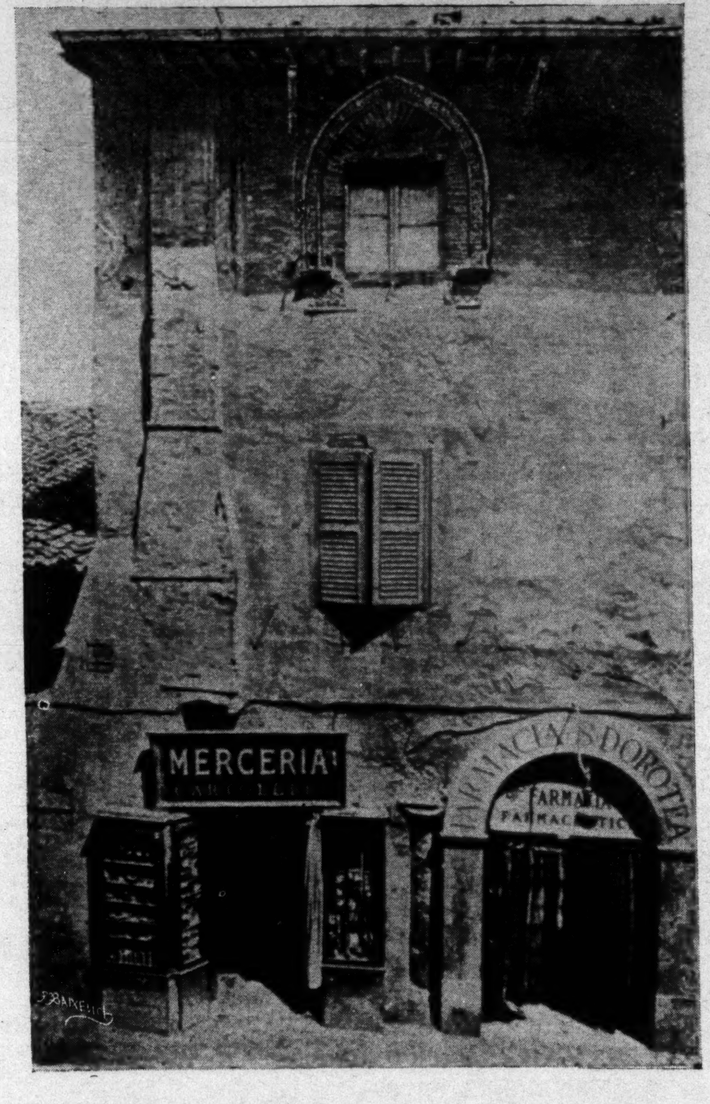
Oxford, Miss. U. S. A.

EL PROBLEMA HISPANOAMERICANO (1)

Lo que hacen otras naciones por influir en la Argentina

En el terreno económico la posición de España en la Argentina no podrá mejorar mucho. El intercambio de productos con este país, será cada vez menor; en muchos casos, productos que antes entraban fácilmente, hoy ya apenas pueden soportar la competencia de sus similares nacionales. Los únicos productos que podrían entrar en la Argentina, sin estorbar a la producción nacional, serían los productos industriales; mas en este respecto, tendríamos que luchar con la fabricación inglesa, francesa, alemana, norteamericana e italiana, y en esta lucha somos vencidos y lo seremos mientras no nos pongamos en condiciones de competir con ellos.

En lo que nosotros podremos, aunque con mucho esfuerzo, ponernos a la par de los demás, y aun aventajarlos, es en lo espiritual y científico, pues en este aspecto del problema tenemos sobre los demás pueblos la inmensa ventaja que nos da el idioma. Ya hemos dicho que, hoy por hoy, el espíritu que domina en estos pueblos es el espíritu francés.



Casa de la Fornarina, querida de Rafael, que muchas veces le sirvió de modelo, especialmente para los frescos de la Villa Farnesina.
Recuerdo de

HISPANO.

Roma, enero 20, 1925.

Los países de América, especialmente la Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, en el continente Sur, ejercen sobre todas las grandes naciones del mundo un poder de atracción extraordinario. Digo, sobre todas las grandes naciones, y no sólo sobre las de Europa, porque también lo ejercen sobre Estados Unidos y Japón. ¿De qué proviene este poder de atracción? Proviene de que estos países, grandes y prósperos, ofrecen un vasto campo para la economía en general (el comercio, las industrias, la banca, los empréstitos y las empresas de todo género), y un campo, no menos amplio, para las manifestaciones de la inteligencia y del espíritu. De aquí que todos a porfía se disputen el predominio, procuren tomar posiciones los que no las tienen, y se esfuercen por desalojar del concierto a los que han tomado asiento en él. Yo no sé si en España están al tanto de los grandes, extraordinarios esfuerzos que hacen las naciones de Europa para ganarse (no diré conquistar porque esta palabra suena a violencia) a los países de la América Ibérica, cada cual dentro de sus posibilidades.

Inglaterra, desde su punto de vista económico, del comercio, colocación de los productos de sus industrias y constitución de empresas. Francia, procurando mantener y acrecentar el espíritu francés. Lo que hace Francia en ese sentido es extraordinario. Ha creado en Buenos Aires, con el concurso de las Universidades argentinas, el Instituto de las Universidades francesas, llamado Instituto de la Universidad de París; Instituto subvencionado por el Gobierno francés con la suma de cien mil francos. Las Universidades francesas mandan cada año a su Instituto en la Argentina cuatro profesores, amén de algún otro que viene llamado expresamente por algunas de las Facultades. La Aliance Française, Sociedad subvencionada también, sostiene en la capital más de una docena de escuelas en las cuales se enseña el francés, literatura francesa, historia de Francia, y todo cuanto signifique elevar el nombre de Francia, crear un espíritu genuinamente francés, y que sea incondicionalmente devoto de la soberbia Francia, luz del mundo, faro de la Humanidad, la que en horas de tribulación deberá refugiarse en ella para salvarse. Hay, además, varias comunidades religiosas que tienen colegios en donde se educa la juventud y en los que, además de educar, se enseñan y pregonan las grandezas de la hermosa Francia, con un celo que supera a toda ponderación, pues, en punto a sentimiento patriótico, para un francés educador, Francia está sobre Roma. Francia es ante todo.

Italia ha mandado este año una numerosa delegación de profesores y estudiantes, a solicitud de la Sociedad Cultural Latium Institución, formada por miembros de la colectividad italiana y por argentinos hijos de italianos. Se tramita, además, la constitución

(1) Concluye. En dos artículos anteriores (véanse los números 2 y 3 del REPERTORIO, tomo en curso), ha venido el Sr. Gutiérrez desarrollando este interesante problema.

de otra sociedad italoargentina, subvencionada por el Estado italiano y que persigue iguales propósitos que la Cultural Española.

Los alemanes, siguiendo el ejemplo de los españoles, franceses e italianos, también han formado con la ayuda de muchos argentinos la Asociación germanoargentina. Los mismos norteamericanos han venido en patrullas, aunque éstos más para ver y curiosear que para enseñar.

Todo esto es un bien para la Argentina, para las naciones que desean expansión, para España, y aun para la colectividad española aquí residente; y porque es un bien para todos, debemos congratularnos España y los españoles de que así sea. España se debe felicitar de que afluyan a estos países los grandes maestros de todas las naciones, porque, sin quererlo, o queriendo beneficiarse exclusivamente a sí mismos, nos favorecen también a nosotros desde el momento en que contribuyen a la elevación cultural de América y ello ha de influir de reflejo sobre la cultura hispana, ya que, por la comunidad de idioma, en lo espiritual al menos, lo que es argentino (o, dicho más ampliamente americano), es español y viceversa.

Mas, así como debemos felicitarnos por cuanto hagan en lo espiritual los pueblos de la tierra en estos países de nuestro origen y nuestro verbo, tenemos motivos más que suficientes para censurar la pasividad e indiferencia, el abandono y olvido en que España tiene a estas naciones. A todo observador atento llamará la atención que, mientras las demás naciones hacen inauditos esfuerzos por atraerse a estos países, España, más obligada y más necesitada que ninguna de esta compenetración espiritual con sus hijas, siga durmiendo plácidamente su beatífico sueño.

Ahora bien; España no puede plantearse el problema de las relaciones espirituales con estas Repúblicas de la misma manera que las mencionadas naciones porque éstas tienen ya preparadas pléyades de hombres en los diversos ramos del saber, mientras que España desde hace poco los está formando y necesitaría crear viveros en los que se fueran modelando los investigadores y sabios que luego habrán de difundir su ciencia y saber, urbe y orbe, en las naciones que hablan español. España tiene que crear laboratorios de investigación, institutos técnicos, escuelas especiales, y atraer a ellos a todos los estudiosos e investigadores. Nuestro problema es «tuties et extra»; en las demás naciones es extra porque el asunto lo tienen, sino completamente resuelto (pues a eso nunca se llega) bien planteado y en vías de solución.

Llevados de la idea de que nosotros necesitamos tener viveros en donde se vayan formando los modernos investigadores, los españoles de la Argentina han creado en Madrid la cátedra de investigaciones Ramon y Cajal. Esta creación debió preceder a la cátedra de la Cultura en Buenos Aires, pero no siempre se puede empezar por lo mejor, y cuando no se puede empezar por lo mejor, hay que contentarse con lo bueno. Las cosas se hacen por sentimiento más que por racionalidad, y hay que aprovechar los momentos en que se puede poner en juego el sentimiento, si se quiere conseguir lo que es conseguible. Así las cosas suelen venir trastrocadas. Hubo necesidad de crear una obra de efectos tangibles y visibles, para ganar voluntades, y una vez que se han palpado los resultados ya hemos podido pasar, aprovechando otro momento propicio en que también se pudo excitar el sentimiento, a otra obra que en orden lógico debió preceder a la primera.

El problema de las relaciones hispanoamericanas, que hasta ahora no había suscitado la más mínima atención ni en España ni en América, parece que empezará a sentirse con cierta agudeza si hemos de juzgar por los discursos de sobremesa, o los actos de variadas índoles que, por los motivos más fútiles, se vienen realizando entre españoles y americanos; en todos los que sale a relucir la identidad de raza, la comunidad de idioma, la tradición, la religión, los usos, las costumbres; en suma, toda una balumba de lugares comunes, en los que parece advertirse, a la vez que el anhelo de que se haga algo, el deseo de desentenderse de toda obligación y de todo esfuerzo, poniéndolo a cuenta del vecino oculto tras la identidad de raza, comunidad de idiomas, religión, tradición, etc. No nos hemos percatado todavía de que todo eso, descartado el idioma, no influirá poco ni mucho en el incremento de nuestras relaciones. No nos hemos percatado del problema de las relaciones hispanoamericanas.

AVELINO GUTIÉRREZ

Buenos Aires.

(De *El Sol*, Madrid).

Carta al Sr. Secretario de Educación Pública

Syracuse, 29 de Marzo de 1925.

Señor Secretario:

Dos veces alta es la posición de usted. Es Secretario de Educación y lo es de un prócer de la República. Alce usted su entendimiento a la altura de su posición doblemente alta.

Cuando fué usted a la Cámara a pronunciar un discurso que si bien no daba lustre a su nombre, tampoco desdecía de cuanto pudiera esperarse de una persona que había desempeñado la cátedra de lengua española, ¿cruzó acaso por su mente el desventurado pensamiento de que sus palabras habían de ser sacras y de que nadie sería osado a discutirlas? Tal parece confirmar su respuesta a mis objeciones.

¿Cómo ha podido escapar a su inteligencia que descendiendo tanto como ha bajado usted me confiere un poder incontrastable sobre su persona?; ¿no se ha dado cuenta de que ahora sé que puedo en cualquier instante desplegar una manta roja que le hará perder el sentido y darse de cabeza contra el muro? Pero no haré tal, señor Secretario. Es ya bastante con caída de semejante altura. Ascienda de nuevo a su sillón y escuche:

Sírvanle a usted los yerros de mi obra para el despliegue de su talento y su cultura; para su edificación, los de mi vida. Nada mermará a la pujanza de sus futuras concepciones la templanza de su palabra. Mas si aquellos que usted juzga yerros, en su opinión fueren además daños mortales, entonces, señor, en brasas de indignación encienda su voz para destruirlos por el fuego. Para este remonte no le empezca la indignidad del adversario. Bástele el respeto de sí mismo, bástele el recordar cuántos hombres honraron la posición que hoy le honra a usted.

No descienda. Sea usted por la gentileza de su espíritu, por el ademán caballeroso, por la fulgurante argumentación el primero entre los maestros que ahora van oírle con atención curiosa, quizás reverente.

Pues qué. ¿Le viene a usted el recuerdo de aquel otro maestro que hizo uso del látigo? Suéltele usted y hágalo reverberar contra el dictador intelectual de otros días; que restalle sobre sus espaldas lejanas; pero hágalo usted con la donosura, con el ingenio riente o la comburente intención de aquel sutil fustigador de dictadores que consumó las *Catilinarias* y la *Mercurial*. ¿Ha olvidado usted que el obispo Ordóñez se atrevió a condenar los *Siete Tratados* de Montalvo, como yo me he atrevido a censurar pasajes de su discurso? El noble ecuatoriano se subió a los montes de su ira y tronó contra el obispo. ¡Qué truenos los suyos! Bajó a las llanuras y echó a correr los potros de sus cóleras. ¡Mas qué bello galopar aquel! ¡Cascos de oro en llanuras de bronce!

Aparte de sus labios la malsonante trompeta con que usted ha querido convocar sus muertos a resurrección de carne. Ni usted tiene aliento para animarles ni poseen ellos espíritu de vida para levantar sus cuerpos. Vuelque usted sus últimos veinticinco años de cultura sobre su patria para bañarla en luz, en vez de pretender galvanizar todas esas larvas que usted pretendió poner a perseguir mi sombra. Usted, señor, está en posición harto visible, y fácil es que alguno de sus actos, que alguna de sus palabras sean mal comprendidas, y entonces, ¡ay de usted! la cacalumnia reptará, tanto más escondida, cuanto más ponzoñosa, hasta alcanzarle y atosigar sus días.

Y ahora, con reposado ánimo, diga usted, señor, si pudiese usted probar a satisfacción de juez insospechable, que por fabulosa suma de dinero a una compañía petrolera yo vendí la Repúblíca, esto es, su Congreso, su Ejecutivo y sus tribunales, desde la Corte Suprema hasta la última alcaldía; si comprobase usted que por no menos fabulosa suma yo vendí a Alemania — o a sus agentes — la autorización para izar bandera costarricense en un barco destinado al transporte de contrabando de guerra; si comprobase usted que yo concebí, inspiré, aconsejé, financié y dirigí la revolución de 1917; si comprobase usted que acepté el Ministerio de Instrucción Pública, no para prolongar la vida de instituciones que yo amaba, sino para enriquecerme al amparo de la tiranía que yo aconsejaba y exaltaba a sus mayores excesos; si averiguase usted que mi sueldo entonces fué superior al suyo de hoy; si confirmase de fedante modo que yo violé todas las leyes humanas, ¿habría comprobado con todo ello que esos programas de educación primaria son inadecuados a la nación a que se destinaron? ¿Habría demostrado con todo ello su capacidad para mejorar esa obra que comprendía los más serios y sólidos progresos de una educacíón integral?

Señor, los veinticinco años de estudio de que usted se gloria no aparecen todavía en sus escritos. Es usted leve arista a la merced del soplo de su cólera y yo soy dueño de su cólera! Soy amo de sus tempestades. Sé que con mi palabra puedo desatarlas en su interior, hacerle perder la cabeza, pronunciar palabras insensatas. Sé, siento que la lucha es desigual; que debería ponerle fin aquí, si no fuese que hay un puñado de juventud que reclama mi palabra. A ella, pues, habré de dirigirme.

Y si usted tuviese más que responder, sea con el acento alzado de quien ama las cosas del espíritu, con palabra ardiente, si gusta, pero luminosa, ya porque la haya desentrañado de las montañas de oro del Pensamiento eterno, ya porque la vista con la túnica de luz que a la verdad confiere la belleza inmortal.

R. Brenes Mesén

Señor don Napoleón Quesada,
Secretario de Educación Pública,
San José, Costa Rica.



El triunfo de la vida

En vez de los pocos muchos,
valen más los muchos pocos.

CAMPOAMOR.

1

He aquí una estadística interesante, desde muchos puntos de vista. Son doscientas setenta mil las especies animales descubiertas. Doscientas nueve mil abarca la enorme división de los artrópodos. En esta rama del árbol de la vida, los insectos asumen la formidable representación de *ciento ochenta mil* especies diferentes. Es decir, que *dos terceras partes* del número total de especies vivientes, son de insectos.

La otra consideración elemental es que, en la clase numerosísima de que tratamos, los principales aspectos de la organización animal definen la unidad de un plan de composición, estricto, estable, perfecto.

2

Resumiendo los dos datos fundamentales en una sola consideración, parece como que la vida, al realizar el tipo del insecto, tuvo un gran éxito, y, como aquellos artefactos de la industria humana que realizan con perfección su fin, adquieren boga inusitada y se repiten y copian dondequiera, los insectos multiplicáronse en inaudita proporción, merced a la eficacia privilegiada de su organismo. No había entonces para qué variar, grandemente, una estructura anatómica capaz de proporcionar siempre la victoria. La vida universal se hipnotizó con el tema musical de su criatura predilecta, y ha seguido variando los motivos accesorios, y respetando el tema fundamental. Como en esas grandes construcciones sinfónicas de Beethoven o Mozart, que hacen germinar, de un motivo musical, dúctil y bello, *allegros* brillantísimos en los que la música misma parece recrearse, como si no quisiera abandonarlos jamás.

3

Todo animal es un aparato siempre complejo de inserción de la corriente vital en el mundo. El insecto ha resultado ser un aparato victorioso, que se propaga en cantidades fabulosas formando las legiones aguerridas y numerosísimas de bestezuelas sin gran individualidad, monótonamente concebidas, pero aptas en grado admirable para mantener sobre sus leves cuerpos, «sutiles, alados y brillantes», que diría Platón, la formidable carga de la vida, constantemente combatida por las fuerzas adversas del mundo:

Que en amor creen los más duchos
contra los que son más locos,
que en vez de los pocos muchos,
valen más los muchos pocos.

4

Pero hay algo en el insecto que le ha valido más que su organización anatómica privilegiada para la consecución de su éxito en la lucha por la existencia, y es su instinto excepcional. Llama Bergson a los insectos, animales *eléctricamente* cargados de instintos. Todo en ellos efectúase por esa forma de adaptación psíquica, tan diversa de la inteligencia, y tan eficaz como ella para la resolución de los problemas que ofrece el vivir.

5

La otra criatura predilecta de la vida universal es el hombre. Nosotros no vamos por el rumbo que siguen los insectos, diminutos y sutiles. No nos mueve no más el instinto, aun cuando también sea él quien nos mueve. Nos conduce la inteligencia, nos guía la razón. La inteligencia es otro modo de resolver los problemas de la lucha. Nuestras sociedades son progresivas sin término. Las de los insectos, estables, improgresivas, como las ediciones clásicas de los libros: sin variación. Las «pacíficas abejas» (en suma no tan pacíficas como lo pensó el gran escritor castellano), construían ya sus moradas, hace muchísimos siglos, como las construyen hoy y como las construyeron cuando el tábano mitológico picó en los labios inspirados a la abeja de Atenas, al divino Platón que, en su República ideal, soñaba junto a los colmenares protegidos por Minerva y su robusta lanza de bronce, una colmena más perfecta, más pura, más hermosa: una *Ciudad del Sol.*

6

El progreso social se funda en la industria. Esto es lo progresivo constante: la fábrica. Los obreros del mundo se han unido en una República Universal, la organización internacional socialista. No deben ser núnca ingratos a la fuerza que los ha unido, a la sola fuerza que los mantiene y los mantendrá unidos: la inteligencia. Ella ha hecho de la horda primitiva, la sociedad contemporánea; y elaborará de nuevo la sociedad actual en una síntesis que no podemos siquiera concebir. Los verdaderos creadores de la humanidad, son esos *pocos muchos:* Arquímedes, Hiparco, Copérnico, Newton, Lavoisier, Volta, Pasteur, Einstein. O ellos, o las nubes de insectos que tapan el sol.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas,
México, D. F.)

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡	0.50
El tomo (24 entregas)		12.00
El tomo (para el exterior)	$	3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)		20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Hacia una democracia internacional

(De *El Sol*, Madrid. Dicbre. 14-1924).

En el discurso de la Corona británica pronunciado el día 9 en la inauguración del nuevo Parlamento hay una noticia que puede interesar a los países de lengua española. He aquí lo que anuncia el Rey de Inglaterra: «He recibido del Presidente y el Gobierno de la República Argentina una invitación para que el príncipe de Gales visite la Argentina el próximo año. Gustosamente he aceptado esta invitación en nombre de mi hijo».

Tras el príncipe heredero de Italia, que estuvo hace pocos meses en la Argentina, irá, pues, el de Inglaterra. El entusiasmo con que recibieron al italiano en tierras del Plata fué, como suele decirse, de los que hacen época. En todas estas solemnidades entra siempre por mucho el arte escenográfico. Pero en el caso del príncipe de Italia parece que el pueblo argentino tuvo una participación espontánea y cordial en los homenajes. Sin duda contribuyeron a ello la lozana juventud, el despejo mental y la humana simpatía del visitante, más los lazos de población, riqueza y cultura que unen estrechamente a Italia y la Argentina. No es frecuente que estas ceremonias oficiales organizadas por los Estados reciban la corroboración popular. Mucho depende de quiénes son los Estados y las personas que los representan.

La visita del príncipe inglés no desmerecerá probablemente de la de su compañero el italiano. Si ha de creerse a los que le conocen, también su mocedad irradia ese atractivo que nace de una complexión bien constituída, de una inteligencia ágil y clara y de un discreto conocimiento del mundo. Añádase que Inglaterra tiene caudalosos intereses en la Argentina, y que fué el primer Estado europeo que reconoció de hecho, en 1825, con su Tratado de Amistad y Comercio, a la entonces naciente República sudamericana. La invitación que el Presidente y el Gobierno argentinos han cursado al príncipe de Gales por el conducto constitucional de la Corona y el Gobierno de Inglaterra, responde, sin duda, al propósito de celebrar ese centenario con la presencia del heredero del primer trono que aceptó la independencia argentina. Estos vínculos de libertad son siempre el mejor fundamento de las relaciones entre Estados y pueblos, y borran hasta las diferencias sobre formas de Gobierno. En la libertad se encuentran algún día todas las naciones y todos los hombres. Es la más fecunda siembra en la Historia.

Gustosamente dice el Rey de Inglaterra que ha aceptado la invitación argentina. No es para menos, porque significa una distinción especial que una democracia americana estime de oportunidad política estos contactos personales con las monarquías europeas, y también porque asi tendrá el príncipe de Gales ocasión de extender el radio de la escuela internacional y pública a que, desde hace años, viene asistiendo como heredero de la corona de un gran imperio. En el mismo discurso anuncia su padre el acuerdo de enviarle, también el año próximo, al sur de Africa, a las posesiones británicas del Africa occidental y a Santa Helena, donde acaso converse, con provecho, con la sombra de Napoleón. Con estos viajes y con los que ya tiene hechos a la India y a los Estados Unidos, más su comercio diario con su propio pueblo y con otros del Continente que suele frecuentar de incógnito, puede decirse que su educación será una de las más democráticas y universales que haya recibido nunca un príncipe heredero, sin excluir a su padre y a su abuelo Eduardo VII.

Hoy el mundo es una especie de gran República federativa, donde los Estados individuales no pueden vivir solitarios ni en contradicción con los sentimientos e intereses generales de la totalidad. La idea de autocracia repugna ya a la federación intercontinental que de hecho, aunque no todavía de Derecho, forman las naciones civilizadas. El más poderoso imperio, como Inglaterra, no podría sostenerse indefinidamente por la simple fuerza, ni en sí mismo ni en sus relaciones con los otros Estados. Su grandeza y su continuidad han de fundarse en la razón, que es la justicia dentro de sus fronteras y en todo el ámbito del planeta. El mundo se hace de día en día más independiente, en Derecho, en cultura, en economía. El viejo concepto de la soberanía absoluta, de «en mi casa mando yo y hago lo que me da la gana», está ya en patente crisis, como doctrina y como realidad. Esta es la enseñanza que les conviene aprender a los futuros jefes de Estado, y para ello nada mejor que darse unas cuantas vueltas por el mundo y sentir por contacto inmediato sus nuevas pulsaciones ideales.

En épocas de autocracia, la educación de los príncipes consistía en aislarlos del medio ambiente, para que la lejanía fomentase en los súbditos la conciencia de su sumisión y en los príncipes la de su poder. Con el advenimiento de la democracia, su educación ha necesitado democratizarse también, adaptarse al nuevo concepto de la soberanía nacional. En esto, la educación de la realeza inglesa contemporánea es ya clásica. Pero tampoco bastaba. Era preciso instruir a los jefes de Estado de mañana no sólo en el respeto a la voluntad de la propia nación, sino también en el respeto a la conciencia de otras naciones. En este punto hay que reconocer que no sólo las autocracias, sino algunas democracias, han menospreciado más de una vez el sentir de ese espíritu difuso que se llama conciencia internacional y que vigila y juzga el proceder de los Estados, aunque se trate de cuestiones internas. Ejemplo de ese desdén fué la actitud de algunos gobernantes franceses, como Millerand y Poincaré, frente a la reprobación externa que produjo su política del Ruhr. Pero a la postre la democracia francesa, más sensible que sus hombres de Gobierno, acabó acatando ese reproche del mundo y dió el poder a los que mejor lo interpretaban.

La educación del príncipe de Gales, acercándose alertamente a tantos pueblos propios y extraños, señala la nueva tendencia a democratizarse internacionalmente que se advierte en los Estados modernos, por el órgano de sus jefes y gobernantes. Hoy un país civilizado no puede desatender las palpitaciones del mundo circundante, que le estimulará o le asfixiará según que tenga en cuenta o desdeñe sus latidos. Pero ésta es la escuela superior de una nueva democracia que se está constituyendo entre Estados y pueblos. Previa a ella es la escuela elemental de

las democracias nacionales. Sin haberla cursado, con toda aplicación y respeto, es dudoso que el príncipe de Gales hubiera sido invitado a la Argentina.

Luis Araquistain

¿Persistirá el espíritu de España en el nuevo tipo de cultura que se creará en América?

1

Ha publicado *El Sol*, en sus últimas ediciones, tres artículos que no deben caer en el vacío. Merecen que un coro de buenas intenciones los voceen. El voceo, en este caso, equivale a comentar.

Los tres versan sobre el problema de las relaciones culturales entre España y América. Los suscribe D. Avelino Gutiérrez, patriota y médico español residente en Buenos Aires.

Su trabajo, pues, sobre relaciones entre España y América—mayormente las que lo preocupan, las de carácter cultural — resulta algo digno de tomarse en cuenta.

Con razón y amargura expone el señor Gutiérrez: «En España no me parece que comprendan bien el problema de las relaciones hispanoamericanas, si hemos de juzgar por lo que se dice, por lo que se hace y por lo que se deja de hacer».

El pensamiento básico del señor Gutiérrez es el siguiente: España ha de cumplr su destino en América. «Ese destino ha de ser espiritual, más que material, y debemos percatarnos de ello para favorecerlo e impulsarlo».

Como se advierte, el autor es un idealista ambicioso. No quiere que España se contente con vender aceitunas o vinos o bujerías en América y embolsarse unos cuantos pesos; quiere que la misión de España en América sea cultural, en primer término. Es decir, que equivalga a una prolongación del espíritu de España, al través de aquellos pueblos, en el espacio y en el tiempo. Aspira, en suma, a que España sea para América lo que ha sido Roma para Europa, mayormente para los pueblos latinos del Mediterráneo.

El vehículo del pensamiento es el idioma, y la flor del pensamiento, el libro. Ya es mucho que América hable la lengua de España. El señor Gutiérrez lo aprecia; pero no se ilusiona en este punto.

A los que manifiestan — como el crítico D. Julio Casares — que América debe vasallaje espiritual a España porque habla su idioma, olvidando que a ambos pueblos pertenece por igual, que de abuelos comunes lo heredamos y que es, en suma, común vehículo de un pensamiento bifurcado, les enseña:

«El idioma español, como que se habla y escribe en España y en América tiene, por así decir, una centración doble y un doble crisol de formación y de vida; y tanto influyen en su conservación y depuración, en su estatismo y corrupción, España como América».

Y en cuanto a los libros, opina con muy buena lógica el doctor Gutiérrez que si se aspira a que influyan allá parece indispensable que se produzcan aquí.

«Es necesario, pues, hacer el libro, el buen libro, nutrido de ciencia y de saber; sobrio en palabras, repleto de ideas».

Al llegar a este punto descubrimos la clave patriótica del profesor Gutiérrez: su desiderátum consiste en que resplandezca en España una gran cultura moderna, científica y literaria, para que esa luminaria se refleje en América. Por eso dice: «el problema hispanoamericano es un problema, ante todo, de progreso interno de España».

Como el autor vuelve sobre este pensamiento, lo repetiremos, en el curso de este artículo, para que resalte.

2

América es todavía y lo será por mucho tiempo, un ancho campo de experimentación. ¿Dominará allí tal o cual cultura europea, con exclusión de todas las demás, o se formará un tipo nuevo de cultura humana?

Al señor Gutiérrez no se le ocurre pensar en esto; o si algo piensa, lo calla: se contenta con laborar porque la huella de España no se borre sino que perdure y ahonde en el espíritu de América.

Para ejercer en América exclusiva influencia cultural, en pugna con los demás pueblos de Europa que tienen allí campo abierto a su actividad, sería necesario poseer una sólida y global cultura moderna, descollando por igual en las varias especializaciones en que otras potencias culminan; sería necesario contrarrestar a Alemania en química, en industrias de guerra, en filosofía: a Inglaterra en trasportes, en maquinaria, en organización económica, en capital; a Francia en fuerza pública, en ahorro, en perfumería, en modas, en literatura, en libertad política; a Italia, en derecho, en criminalogía, en bellas artes, en natalidad; a los Estados Unidos—que también luchan en la misma palestra—en aplicaciones industriales de la ciencia: teléfonos, *cines*, locomotoras, automóviles, útiles de agricultura, máquinas de coser, de escribir, de calcular; a todos en Universidades, laboratorios, Bancos, bibliotecas, periódicos, libros — en higiene, en legislación, en literatura, en ciencias, en moralidad política, en disciplina social, en espíritu libre, en audacia mercantil, en prosperidad.

Y aquí es donde el señor Gutiérrez se pone un poco pesimista.

«En América, dice, tendrán fácil colocación el sabio, el libro, la ciencia española». *(sic).*

Y agrega, con muy buen sentido de las realidades: «Es necesario que tengamos un libro, el sabio y la ciencia, pues no se podrá colocar lo que no se tenga».

El señor Gutiérrez concluye, repitiéndose adrede: «el problema de las relaciones hispanoamericanas no está centrado en América, sino en España...» Y para resolverlo, el gran patriota aconseja otra vez: «si España quiere influir en América debe empezar por saber... que necesita hacerse dentro de sí misma, mejorarse y perfeccionarse».

Esto es, en el fondo, lo que se responda a los que preguntan:

—¿Por qué envían los americanos a sus hijos a estudiar medicina en Alemania y no a Madrid; a estudiar mecánica y electricidad en los Estados Unidos y no a Barcelona; marina, en Inglaterra y no al Ferrol?

Refiriéndose a la literatura, eso mismo fué lo que significó el argentino Sarmiento, cuando comentaba, irónico y malévolo, el que no se leyese más a los autores de la Península:

—Ellos traducen y nosotros también.

3

Por fortuna España posee una vieja cultura secular. Esa vieja cultura es la raíz de la nueva cultura que se empieza a crear en América.

Don Avelino Gutiérrez advierte un fenómeno: la pugna de culturas europeas que tratan de prevalecer en América; y, patriota, propugna porque venza a las ajenas, la cultura de España. Olvida, sin embargo, que la acción de esas culturas se ejerce sobre seres inteligentes, sobre hombres, sobre pueblos que aspiran a crear y crearán, con la indispensable colaboración del tiempo, un tipo de cultura humana.

En América la conciencia de este caso parece bien despierta. Acaba de lanzar el doctor Alfredo L. Palacios, decano de la Facultad de Ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de la Plata, un documento *A la juventud universitaria de la América latina.*

¿Qué dice el documento? Entre otras cosas, lo que sigue:

«Nuestra América, hasta hoy, ha vivido de Enropa, teniéndola por guía. Su cultura nos ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba la lucha del hombre contra el hombre...»

«...¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que arrastran a la destrucción a los pueblos europeos? ¿Imitaremos a Norteamérica que, como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder, degenerando en la más odiosa plutocracia?»

«Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores».

El documento concluye así:

«Nuestro programa de acción y de idealismo puede concretarse en los siguientes puntos: *renovación educativa; solidaridad con el alma del pueblo; elaboración de una cultura nueva; federación de los pueblos hispanoamericanos*».

Más claro, agua.

Ambicioso programa, con todo. Una cultura ni se elabora por una generación, ni menos se improvisa como un discurso. Es la obra del tiempo y de la acción inteligente de una raza.

Pero, ¿no ha hecho nada en beneficio propio y de la humanidad de nuestra América?

4

Tenemos, entre los elementos esenciales de la cultura que heredamos de España, la lengua. Que ella misma nos sirva para saber cómo hemos usado el maravilloso instrumento y si su empleo descubre o no el aporte de un espíritu nuevo. Baste, en vez de entrar en disquisiciones enojosas, repetir las palabras de un prócer pensador: «*Nuestra lengua*—observa Unamuno—*nos dice desde allende el Atlántico cosas que aquí no dijo nunca*».

¿Es poco? Ayer sirvió de ejemplo al mundo la América de habla española echando nuevas bases a la sociedad, estableciendo de facto por boca y obra de Bolívar, el principio de las nacionalidades, creando el arbitraje para dirimir diferencias entre pueblos, y consolidando en el mundo la Democracia y la República, precisamente cuando la reacción levantaba la cabeza en toda Europa, resucitaba el derecho divino y los tronos se unían contra los pueblos en alianza llamada santa.

Hoy mismo una nueva y más justa forma de sociedad se ha ensayado en nuestra América, mientras Europa se debatía en los trances de la barbarie guerrera. Porque no debemos olvidar que el ensayo de organización comunista se llevó a término en Méjico mucho antes que en Rusia, cuando aún yacía Rusia bajo el tacón de los zares, la pernada de los latifundistas, los iconos y excomuniones del Santo Sínodo, la ignominia de una nobleza corrompida y la férula de una administración holgazana, depredadora, sin escrúpulos.

Méjico, insultado, calumniado, perseguido por los yanquis, arruinándose y desangrándose en los trances de formidable revolución social, que nadie en el extranjero comprendía y se tomaba por rebatiña de bajos intereses u oscura zambra de caníbales... Méjico ha sido el primero que ha impuesto en el mundo, no el concepto sino la realidad de un nuevo derecho igualitario, de una justicia superior, de una vida social más generosa.

—Eso no basta para representar una cultura autóctona, se dirá.

Y tendrá razón quien tal diga. También tendrá razón el que le responda:

—No basta como tipo de cultura diferenciada; pero revela ya un espíritu nuevo que empieza a cuajar en nuevos moldes. Cuando varias generaciones científicas, literarias, filosóficas; cuando varias generaciones de industriales, de campesinos, de obreros, de hacendados, de periodistas, de pobres diablos y de grandes personajes, hayan cumplido con su deber de vivir socialmente, teniendo el valor de ser ellos mismos y no reflejo de Europa, un nuevo tipo de cultura humana se habrá creado.

5

España tendrá la gloria de que ese nuevo tipo de cultura humana se exprese y se divulgue en lengua de Castilla. La base de esa cultura del porvenir, nutrida con la experiencia y la herencia de toda Europa, será la secular cultura de España. No podría ser de otro modo. Para formar el nuevo tipo de hombre, España dió abundantemente su sangre generosa; para formar las primeras sociedades del nuevo mundo dió su experiencia politica; para pensar, dió su idioma. El hombre y las sociedades americanos del futuro no podrán dejar de tener, aunque lo quisiesen, una raíz muy hispánica. Su cultura será la cultura española evolucionada.

A ese respecto puede España estar tranquila. La obra de su espíritu y de su brazo, aunque evolucione y se transfigure, por obra de factores complejos, será obra secular. En lo que cabe dentro de

lo contingente y humano, eterna, máxime si no se interrumpe la colaboración de su sangre y la colaboración de su mente.

Esto, en resumen, es lo que buscan, por diversos caminos, hombres de ciencia acuciosos como el doctor Gutiérrez, ilustres escritores como Sancho Quijano, y aun modestos periodistas, como el que esto escribe.

R. BLANCO-FOMBONA

(Dé *El Sol*, Madrid).

Habla un educador colombiano

Partes de un estudio

=De Colombia es Tulio Gaviria Uribe; de los educadores colombianos adelantados: A. Nieto Caballero y otros. Dirige el ATENEO ANTIOQUEÑO, en Medellín. Ahora nos remite un estudio en seis partes: *La reforma educacionista*, que vió la luz en *El Colombiano*, de Medellín, del 9 al 19 de enero del año en curso. Hay en Colombia una Misión Pedagógica compuesta de tres educadores traídos exprofeso y tres criollos. Esa Misión estudia ahora el terreno y va a reformar. El Sr. Gaviria, que no es de la Misión, desde luego, aporta datos, propone, estudia el caso a conciencia. Hay que oírlo. Mucho de lo que dice nos toca de cerca. Vamos a verlo, ya que no podemos, como quisiéramos, trasladar el estudio completo del Sr. Gaviria a las columnas del REPERTORIO AMERICANO.=

Párrafos que hemos subrayado:

En mi sentir, el pénsum, los horarios, los métodos y los sistemas sólo tienen una importancia secundaria frente al problema magno de la rehabilitación del Magisterio. Hay que hacer de éste una carrera respetable y respetada, a la que puedan ir los jóvenes con la seguridad de que en ella no los acecha la injusticia ni los aguarda la miseria.

—

He basado mi plan en la idea, hoy predominante, de que la Nación debe encargarse directamente de la Enseñanza Elemental. Aunque mi ideal es bien diferente, pues creo que las escuelas elementales deben ser del Municipio y gozar de una autonomía casi absoluta, he tenido que aceptar la nacionalización que ahora se predica: a ello me han movido mil causas que sería largo enumerar. En todo caso, hago constar que sólo acepto la Escuela «nacionalizada» como un mal menor, que debe durar poco tiempo.

Pero con el fin de compensar en parte los males que va a traer la centralización en los Departamentos más adelantados, y también para abrir el camino de una nueva éra, es preciso que se conceda a los Municipios el derecho de crear escuelas autónomas: éstas serán, con el tiempo, verdaderos laboratorios de pedagogía, en donde podrán ensayarse los sistemas que más tarde implantará el Estado en todos los establecimientos de educación.

—

Hay que dar a los maestros el control de Ramo, hay que poner en sus manos la fuerza que necesitan para no dejar que sus derechos sean atropellados por los políticos y por sus superiores jerárquicos.

Porque mientras la Escuela sea el campo de batalla de todas las pasiones banderizas y un feudo de los altos empleados de la I. P., el Magisterio no pasará de ser la carrera de los fracasados.

—

Crear un verdadero «Escalafón de Maestros», en el que se ascenderá únicamente por concurso y no por años de servicio.

—

El Gobierno fomentará, por cuantos medios estén a su alcance, la formación de «Sindicatos de Maestros», y les prestará auxilio para que se desarrollen convenientemente.

—

Pero cuando el Magisterio se convierta en una carrera, las Normales vendrán a ser verdaderos centros de preparacion profesional, tan importantes como las Facultades de Ingeniería, Derecho o Medicina.

—

A los alumnos se les exigirán las principales condiciones que necesita un educador: inteligencia despejada, voluntad fuerte, entusiasmo, dón de gentes, aptitudes para el mando, golpe de vista certero, un buen fondo moral y un físico agradable.

—

Los Trabajos Manuales serán obligatorios, pero teniendo en cuenta que no se trata de darle al futuro educador un arte sino una habilidad manual que le permita después utilizar, en unión de sus discípulos, todos los materiales que le brinda la región en que se encuentre su escuela.

La preparación profesional de los futuros maestros tendrá dos ejes principales: el estudio profundo del niño y un conocimiento serio y práctico de la Hisioria Natural. Lo primero —el estudio del cuerpo y el alma del niño—tiende a formar el *educador*, el hombre sereno y comprensivo, observador y oportuno, capaz de dirigir con increíble delicadeza todas las fuerzas vivas de sus alumnos. A los estudios de Psicología y de Fisiología hay que añadir los trabajos en un buen laboratorio de Psicología Experimental, las Conferencias sobre Ciencias de la Educación y la lectura de los grandes educadores antiguos y modernos. El estudio de la Historia Natural trata de formar el *instructor*, pues en los modernos sistemas de enseñanza no se concibe un maestro elemental que no sea capaz de orientar a sus discípulos dentro del medio ambiente: plantas, animales y minerales. Y como no se trata de esas «Lecciones de Cosas» que tanto gustaban en otro tiempo, sino de sacar la clase al campo y responderle al niño que desea saber algo sobre una flor, al que se interesa por un insecto, al que se entusiasma por una piedra, etc., el institutor necesita una preparación formidable en Ciencias Naturales. En otros órdenes de conocimientos, es posible preparar cada día lo que se ha de enseñar al siguiente: en el estudio del medio esa sistematización es sencillamente absurda y antieducativa.

—

Y con el fin de que aprendan a gobernarse (1) y a la vez adquieran el hábito de ser responsables de sus actos, convendría que se les diera representación en el Consejo Directivo del establecimiento: sería una buena oportunidad para hacerles ver y sentir todas las dificultades que se presentan en un establecimiento de educación. Y finalmente: todo lo que tienda a fortalecer el carácter y a crear una personalidad recia, de contornos bien definidos, debe aprovecharse en la formación de los futuros conductores de la infancia. Porque el maestro, antes que sabio o inteligente, necesita ser todo un hombre: y eso de ser *un hombre* es bastante más difícil de lo que parece!

—

Una vez que haya terminado sus estudios en la Normal, el alumno debe trabajar un año en alguna escuela primaria, al lado de un educador de reconocida competencia, y en seguida podrá presentarse a reclamar su grado. La tesis —basada en sus observaciones personales—y el resultado de sus tareas en aquel primer año de trabajo, indicarán si merece o no el diploma de maestro.

—

Y creo que lo dicho bastaría para iniciar un cambio favorable en esos establecimientos (2) tan olvidados y que debieran ser tan útiles, establecimientos que con el correr de los años llegarán a convertirse en «Facultades de Ciencias de la Educación anexas a las Universidades.

TULIO GAVIRIA URIBE

(1) Los estudiantes de las Normales, de quienes se viene hablando.
(2) Las Escuelas Normales.

Las puertas azules

El Dragón

A las puertas azules del Ultimo Palacio
que bajo siete llaves recluye a la Princesa,
robé al dragón sapiente que blasonó mi empresa,
el secreto que cifran tres sellos de topacio.

Domina en uno el símbolo de la campana muda.
La rosa de cien pétalos en el otro se eleva.
Y en el tercero pasa la doncella que lleva
un espejo sincero y una daga desnuda.

* * *

Vida, amor, alegría, salud, fuerza, esperanza,
todo esto lo poseo por natural fortuna,
sin haberlo pedido, tal vez sin causa alguna,
quizá con un designio que mi razón no alcanza.

Lo cierto es que soy dueño de un tesoro gratuito,
que fuera de mí nadie puede gozar. Tesoro
en el cual siendo a un tiempo mina, minero y oro,
a nadie usurpo nada, ni nada necesito.

¿Por qué cuando no sale todo según yo quiero,
he de quejarme como si me quitaran algo,
creyendo neciamente que por mí mismo valgo,
y que ante el Grande Enigma debo ser el primero?

Sintiendo en mí oponerse lo infame y lo sublime,
en los demás se apiada la piedad de mí mismo.
Y hasta en la complacencia de mi propio egoísmo,
sé que el dolor es bueno también porque redime.

Cuando a su honda miseria la pasión me subyuga,
sangre y lágrimas forman la humedad de mi lodo;
y al hundirse en él, sufre y espera de igual modo,
la inquietud de las alas mi bajeza de oruga.

Por el honor del riesgo, si en las tinieblas lucho,
con mi propio quebranto como el cuarzo me enciendo;
y bajo los rigores del destino tremendo,
amar bien he sabido porque he sufrido mucho.

Mas, si este bien supremo de amar tanto nos cuesta,
si desde que nacemos somos reos de muerte,
¿a qué desazonarnos por conjurar la suerte,
aumentando la angustia de la carne funesta?

Filósofo tranquilo, reduce tu delicia
al fondo de tu copa llenada sin exceso.
Apúrala cuanto antes en la embriaguez del beso,
que el mosto se avinagra tras la sazón propicia.

¿Para qué por estéril lujo beber tu perla
en tu propio vinagre, con heroísmo ilustre?
Cuando así su belleza la vanagloria frustre,
verás que no valía la pena de beberla.

Inútil será estonces que sobre tu faz triste,
la indiferencia ponga su gélido albayalde.
Si ahorras la fortuna que te tocó de balde,
revelará tu grima que indigno de ella fuiste.

Feliz quien ve en las canas cenizas de su hoguera,
no razonable nieve que anuncia el frío eterno.
Más generoso rinde la leña del invierno,
el árbol que florece mejor su primavera.

Todo jardín cerrado tiene por habitante
a la melancolía, princesa que en su encierro,
bajo un ciprés sentada, con el deber por perro,
padece su perfecta soledad de diamante.

Mas, florecer es darse. La dicha generosa,
sólo por serlo alcanza la perfección suprema,
cuando en su petulancia prefiere al teorema
de la sabiduria, la lección de la rosa.

Y ya que no es posible la rosa sin la espina,
que las tuyas coronen el seto con largueza.
La más favorecida rosa de gentileza,
es aquella que fuera del cercado se inclina.

No aminores tu gozo ni compliques tu pena
con la estéril congoja del arrepentimiento.
El bien y el mal que llevas desde tu nacimiento,
son frutos de una vida que antes de ti fué ajena.

Si en tu ser se acumulan los años a millones,
pues la vida que vives fué sin cesar vivida,
por los que antes vivieron, ¿cómo en tu corta vida
podrás torcer el curso de las generaciones?

Tu destino es la ignota dirección de ese flujo,
que no tiene principio ni fin en tu existencia.
En vano es que tortures tu mente y tu conciencia,
buscando en ti la causa que al bien o al mal te indujo.

La vida que malogre tu sumisión obscura
al deber que te imponen para ventaja de otro,
te sangrará en la boca, como su freno al potro,
recreciendo a bocados de hierro tu amargura.

No permitas que extraña mano tu vuelo tuerza,
para igualarte a todos con equidad mezquina.
Tan justo es nacer águila como nacer gallina,
Mas, las alas del triunfo son hermosura y fuerza.

No filosofes mucho cuando te salga al paso,
el azar venturoso que te asignó el destino.
Necio es que te demores a discutir el vino,
cuando apenas hay tiempo para apurar el vaso.

Ni más razón indagues. La vida es bella en ella,
y así que a la belleza de su ley nos exalta,
bajo esa ley, más fuerte que el deber y la falta,
la pena se ennoblece y hasta la muerte es bella.

Nuestra final concordia con todo lo existente,
se profundiza entonces en plenitud de arrobo,
y en fraternal convite trueca el rencor del lobo,
y echa en desliz de seda la piel de la serpiente,

Quema el amor sus alas en una carta vieja
o en los pétales de una flor seca, y todavía,
la ilusión que, por serlo, volársenos debía,
la soledad fragante de su recuerdo deja.

Hasta que, al fin, del propio destino soberano,
cuando sean ya inútiles la lucha o el martirio,
pondrás serenamente, como quien corta un lirio,
sobre tu último día libertadora mano.

Y superior a toda pena y todo reproche,
tocada ya tu frente por el azul postrero,
con su llave de oro te franqueará el lucero
las compasivas puertas del sueño y de la noche.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación*, Buenos Aires).

Papini y el papinismo

(De la *Revista de Filosofía*, Buenos Aires).

Mi interlocutor, laureado en filosofía y letras, es un joven que no oculta su entusiasmo por Papini, del que parece un buen discípulo. Ofrece presentarme al amigo, pero estaba en Bulciano sul Tevere, donde ha escrito la mayor parte de sus obras. Vivo y locuaz, se expresa en un florentino que seduce a pesar de las haches aspiradas con que lo matiza. Caro mío, dice, los filósofos novecentistas constituyen una respetable familia zoológica que debe usted buscar entre los artrópodos. Pero entendámonos. Son alacranes averiados como Nietszche, sin más órganos activos que la glándula del veneno y el aparato de la inoculación. Para estudiar el sistema nervioso central sería necesario extraer órganos del abdomen. Son los que crucificaron a Cristo. Incapaces de creer en la verdad, niegan al hombre cuyos sentidos son las cinco puertas por donde entra el pecado. Este pecado era antes la mujer, ahora es la ciencia. Han perdido el amor, principio elemental de la filosofía, cuyo objeto es unir lo disperso, y han creado la hipótesis, argumento de la impotencia.



Juan Papini

Pero... Es un veneno que ha perdido la pureza volteriana y la ingenuidad tudesca; conserva la malicia del envidioso, esas crisis de la ambición que se alimenta de odio. ¿Lee usted revistas? ¿esos artículos oscuros, somníferos, apodícticos que los catedráticos dan a luz obligando al cerebro a razonar en las tinieblas y el vacío? Necesitan admiradores y comentaristas; son los que no comprenden. Si no hubiera presentado sus ideas de una manera clara y agresiva, a los ojos de quién sabe cuántos hubiera hecho figura de solemne filósofo. Papini vive en un aislamiento doloroso, aun cuando en presencia del drama de la voluntad y la conciencia realizó ya su resonante experiencia futurista.

—A pesar de todo—sería difícil explicárselo tratándose de un hombre que no obedece a las normas comunes—es el escritor de este siglo que ha alcanzado con obras contrapuestas como *Buffonate, Giorni di festa, Storia di Cristo, Dizionario dell'uomo salvatico*, mayor popularidad en pocos años, desde 1906, que se estrenó con *Crepúsculo*. Sus libros son extraordinarios. Se revolotea al rededor de ellos como revolotea una mariposa alrededor de una lámpara. Me parece advertir el genio florentino de diversos siglos; ágil, picaresco, mordaz, profundo, brillante, desatado y lleno, en donde las ideas son impresiones y las impresiones colores, con el relieve escultural de una lengua sonora que el autor esgrime a la toscana. Luego la agresión es sincera...

—La crítica ha tildado sus producciones de lo contrario.

—Pero no dirá lo mismo de las agresiones. *El Crepúsculo de los Filósofos*, es ante todo una exposición clara y pintoresca, sin artificio ni engaño, de las doctrinas de Kant, Hegel, Spencer, Comte, Nietzche, como no lo acostumbran los historiadores Weber, Schwegler, Hoffding; si el polemista convence al lector no es porque faltan premisas para el análisis. No ignoro la opinión que algunos tienen, a mi ver errónea, de sus procedimientos, considerándolo un epígono de Nietzsche. ¡Nunca! La superficialidad de éste lleva a contradicciones de una ingenuidad vergonzosa. Su volubilidad, signo de fatiga, hizo que prefiriera la forma fragmentaria y aforística a la sintética. Los libros denotan la falta de *imperium* mental que refleja su flaqueza. Papini es un constructor, un filósofo individual contra el idealismo de Hegel, el criticismo de Kant, el positivismo de Comte y el evolucionismo de Spencer.

—Evidentemente, lo dicen sus obras, es una imaginación filosófica en la que arde una imaginación poética. Acaso pudiera la una perjudicar a la otra. Encuentro en *Cento pagine de poesia* y en *Un uomo finito* una predisposición diferente a la de la *Storia di Cristo* y el *Dizionario* sin renunciar a la originalidad, tan vigorosa en el arte con que compiló la Antología, obra atrevida y salvada por las páginas bellas que su talento sustrajo al olvido. Pues en Italia como en cualquier otra parte hay nombres que cubren. Los valores son o deben ser intrínsecos. Pero, ordinariamente, se perpetúan bajo la acción extrínseca de factores antipáticos al genio.

—Papini es un sensible; fácil por consiguiente al cambio. *Studió soprattuto da sé, nelle biblioteche*. ¿Se explica usted esa libertad? La escuela es un atentado contra el individuo desde el momento mismo que el niño no sólo sufre la corrección brutal de sus camaradas, sino la dulce y persuasiva del maestro, cuya palabra, cuyas ideas, cuyas emociones disuelven la pequeña alma en el alma de aquel *Todo* que abusa de su experiencia; ¡es una tiranía! La escuela no tolera al espíritu y a los actos el menor esparcimiento fuera de las normas trazadas por esta conducta de identificación continua que se parece a una jaula donde los indomesticables pierden la incomparable belleza de sus gestos.

—Convengamos, sin embargo, en la necesidad de una disciplina...

—Pero el progreso es una consecuencia de la rebeldía.

—De una disciplina por épocas. La historia relata sistemas; desde que el hombre es un animal sociable debe someterse a un orden. Creo haber leído en la *Historia de Cristo* que Papini aboga por la vuelta al Evangelio...

—La rebeldía, contra todas las rebeldías.

—Luego, espíritu de oposición al cambio; apóstol de una disciplina a costa de las dudas suscitadas por veinte siglos de experiencia y razonamiento.

—Papini demuestra que el hombre puede desligarse de compromisos que el pensamiento cree contraer con sus semejantes y, realizando una vida independiente, ser una ola borrascosa sobre el mar chato de las convenciones. ¿Es anarquía? Esta palabra pierde el significado. Es onda inquieta que remueve los estratos del pasado para ofrecer perspectivas nuevas y sacudir al inclinado a creer en la funesta ley de la gravitación universal.

—¿Cómo, pues, habla usted de un constructor?

—Si usted ha leído el diccionario *dell'uomo salvatico* es porque ha encontrado nuevas definiciones de hombres, fenómenos y cosas. Créame; eso no es destruir como pretenden los críticos. Es quitar de los ojos la venda con que estábamos acostumbrados a mentir. Papini—¿lo ha advertido usted en la *Historia de Cristo*, traducida a cinco idiomas

y de la que se han vendido cien mil ejemplares en Italia?—es una reacción a las violencias inmorales del ambiente con la vitalidad impetuosa de una conciencia profundamente turbada por el dolor. Ahora bien, refiriéndome al resultado de sus estudios, no de erudito, porque la erudición no se aviene a la realización de una obra de arte; manifestando los propios entusiasmos, las propias virtudes, las propias miserias; reflejada su voluntad en el drama cósmico, no ha hecho obra negativa sino creadora; no ha destruido, ha construído. Sus desdenes, sus gritos, sus redobles de tambor, sus lanzasos y sus bufonadas son dolorosas necesidades, frente a la degeneración de la conciencia, para esconder la fe estéril del conservador que se obstina en cubrir el presente real con un presente arbitrario y decrépito. Papini es una fuerza, una voluntad y una aspiración colectiva: *l' uomo finito* es la tragedia de todos nosotros, solos y fatigados, extranjeros en la propia tierra. *Adagio;* oiga usted su definición en la gramática de nuestro tiempo: *Parola chocciolesca, superata; morta; si cancelli subito, non se ne parli piú. Ma che adagio! Il nostro tempo, munito di motore a scoppio, ha adottato la maniera forte: parola forte, peigno forte, politica forte, gioventú forte, aceto forte, peto forte. Avanti, perdio! Tutto a macchina! Volete güerre, rivoluzioni, pronunciamenti, processioni, blocchi, bastonature, fughe? Pronti, Una volta si diceva: Adagio Biagio!... Ma ora, da tutte le parti si strepita. Forza Biagio!*

—Original y curiosa.

—No; sincera con el ambíente. Esta sinceridad la advierte usted en las mil quinientas definiciones del volumen que acaba de editar la casa Vallecchi. ¿Ha leído usted la de su país?

—Y la de Dante, en el fondo es cierta.

—Un filósofo que busca admiradores y por consiguiente al estudiante, a quien adula partiendo con el hacha al competidor.

—No puedo menos que reconocer la exactitud del concepto desde el punto de vista europeo. Por ahora es así. Su penúltimo libro, no solamente es la apoteosis del cristianismo, sino una adhesión total al catolicismo auténtico, apostólico...

—Pero antes, en sus primeras publicaciones...

—Ya. La negación ha servido de práctica para llegar a la fe; el fondo abismal de la nada para disolver el odio en la serena armonía del amor. Una vez multiplicaba sus casos de insatisfacción para encontrar la satisfacción; buscaba la certeza en la duda. Pero fué dicho: serás como la rueda. Buscó y encontró; encontró a Dios, al Unico, al Creador. Cuando anunciaron este libro pintoresco...

Se lee por cierto con interés; sin documentos, posdatas ni llamadas; bien dividido, bien capitulado, comenta con ardor poético, un drama por sí lleno de pasión, lleno de ideales y lleno de sacrificios. Pero causa extrañeza que habiendo encontrado tantos puntos vulnerables en los hombres hasta reducirlos a pobres trapos, divinice hasta la sumisión absoluta, el Evangelio, no escaso de contradicciones, y por eso humano.

—Lamento en usted el pecado de los que razonan. Papini, del anarquismo doloroso de quien busca...

—¿La inquietud que sacrifica a los demás para tener altura?

—Decía, pues, pasa a la plenitud de sentimientos de quien ha encontrado. Es una abdicación que hiere, se ha dicho. Su adhesión a Cristo precisamente está en aquel exasperado ardor que ponía, como San Agustín, en combatirlo. Lucha contra sí mismo; trabaja y desea una vida superior, al fín alcanzada en la Iglesia. Giovanni Papini es uno de esos hombres que nos llenan de maravilla y de horror, sin hacernos mal: en relación con nosotros, como los personajes de un gran drama a quienes no pueden aplicarse valores morales, cargó, por muchos años, el detractor de si mismo. Porque, por el hecho de haber confesado que ha querido mucho sin perseguir nada, todos han exigido mucho y hallaron poco. Escribía con la inquietud del que sin saberlo, era la joven conciencia itálica extraviada, pero no vencida. Es para los críticos que han cumplido 40 años, urticante y ofensivo. ¡No! decid que es una fuerza disolvente, el desengaño, la autoironía papiniana; pero no neguéis la existencia de una libertad de la que son incapaces nuestros escritores. La autobiografía es tediosa; pero no puede negarse interés, vigor y seducción a la de Papini. Hay en él dos crisis: una artística y otra moral; quien no llega a sufrirlas, no llega a vivir su yo. Papini en el *Trágico Cuotidiano*, a los 24 años, aspira; en sus polémicas (Pragmatísmo) a los 31, busca; en *Giorni di festa* llega. Papini, en *Le memorie d'Iddio*, aspira; en *L'altra metá*, busca; en *Storia di Cristo*, llega. Desde la adolescencia cava en la filosofía, en la literatura, en la teología, en la matemática para nutrir su versátil espíritu; busca, no encuentra. Note usted que su primer trabajo se publicó en 1906, al cumplir 25 años. Durante 20 años, ardiente y reflexivo, el que naciera en una atmósfera de grandes ideas, sufrió la amargura de la realidad vivida, porque su genio lírico no descubría en sí al hombre sublime y en el mundo su paraíso. En los tipos progresivos todo es momentáneo; amistad, amor, sentimiento, voluntad.

—Eso haría suponer un nuevo cambio; pues a los 43 años nadie está seguro de sus creencias cuando la vida ha transcurrido en la inquietud del que en todos los libros encuentra la verdad... o bien el desengaño. El hábito de no creer, le aseguro, es difícil de adquirir. ¿Quién embrida la impulsión? En el *Dizionàrio* reaparece el autor del *Crepuscuolo*, prueba por otra parte de que las inclinaciones como los ritos sobreviven sea cual fuere el tul tras del cual se ejerciten. Papini me interesó, antes, como futurista; me interesa ahora como escritor, no por simple curiosidad. En sus obras se aprende; tiene la virtnd de encender la fe en lo que niega porque, como dije antes, narra con sinceridad lo que ha leído, porque su crítica no persigue un fin, o el fin de desprender de su yo un peso molesto. No aspira a tener prosélitos. Sin embargo...

—Los tiene; pero, como toda imitación, falsificados, es decir, malos. Son los filósofos reducidos a una cola con veneno. La cátedra, señor mío—¿ha asistido usted a la crítica del conocimiento, crítica de los valores, crítica...? — de filosofía universitaria es desesperante, porque después de haber desgarrado la fe y desheho las ilusiones, abandonan al desgraciado, con dos lentes—a través de los cuales no distingue ni la verdad ni la belleza—y dos zarpas.

—"Ma scusi, lei e novencentista"?

—¿Me toma usted por artrópodo?

—Por admirador de Papini; ha hecho usted el elogio del maestro en términos no dudosos. Me lo figuraba grueso y burgués. Toma el pelo con tan buen humor...

—Es el tipo clásico del florentino. Agudo en el pensar; fino en la burla; en el fondo aprensivo y doliente. Lo que está aquí, en juego—permítame, esta vez pensar como Eucken un catedrático de Iena—es la felicidad. Cada vez son más graves las mentiras y se vive alrededor de la mentira, engañando para engañarnos. Papini ha declarado guerra a la mentira. Observe con atención su retrato. No encontrará usted parecido con ningún filósofo...

—Pero su cara es muy argentina.

VÍCTOR MERCANTE

¿Respuesta?

(Véase el número antepasado).

II

La frase: «Que la dirección de los pueblos corresponda únicamente a los capacitados física y moralmente, es la suprema verdad que los hombres deben ambicionar» (pág. 4), ha sugerido al hojeador de los *Apuntes*, según sus propias palabras «un concepto caricaturesco» que lo llevó a concebir un Firpo «de muy notables y finos sentimientos», pero sin la más remota preparación, y al mismo tiempo como para descubrir más su incomprensión, dice que a lo que se suspira en la tesis, es al gobierno regido por hombres «robustos y honrados», agregando también para completar su extravío, que «lo que urge es esto: muy buenos músculos y muy buen corazón», según mi criterio.

Capacidad: «Talento, facultad intelectiva, disposición para comprender bien las cosas» (Dic. de la Lengua Castellana)

¿Será preciso explicar lo que se quiso dar a entender al decir «capacitados física y moralmente»? (pág. 4).

No; porque la tesis fué hecha para presentarla ante una Directiva de profesionales, y no ante una escuela de párvulos.

¡Y por ventura!

¿Qué se entenderá entonces por moral, y cómo se apreciará el corazón en las manifestaciones todas de los hombres superiores?

¿No es lo moral el conjunto de las facultades del espíritu?

¿Y qué es el espíritu?

¿No es al decir de los filósofos, el ser inmaterial: la sustancia incorpórea, purísima y dotada de razón?

¿Será que se pretende predicar la burla y el desprecio de los hombres morales (intelectuales) «robustos y honrados», como se dice en las líneas a que me refiero?

¿Y entonces, cuál es el tipo que se admira?

¿Será el del pícaro leído; o el del perverso que sabiamente discurre acerca de los importantes problemas que en el seno de los pueblos se agitan?

¡Ah! Cuán fácil es encontrar seres «preparados» solamente; pero cuán difícil es encontrar seres de corazón grande y espíritus cultivados según lo que la moral manda.

Decía el estadista inglés Lloyd George, en los momentos más críticos de Europa, que los pueblos debieran gobernarse hoy con el corazón.

Y el pensador norteamericano, Emerson, deduce de sus especulaciones filosóficas la siguiente afirmación:

«Lo que el corazón encuentra grande, grande es». *(Siete Ensayos).*

El autor del *Espíritu de las Leyes,* nos dice que: «Los políticos griegos que vivían bajo el gobierno popular no reconocían otra fuerza capaz de sostenerlo sino la de la virtud».

¿Y cuál es esa preparación que tanto preocupa a este señor comentarista?

¿Qué secretos se considera que existen en estas materias, de manera que no puedan ser comprendidos por el hombre superior que yo concibo (es decir el «capacitado física y moralmente»)?

Se entiende que al referirme a hombres capacitados he tomado en cuenta especialmente ese anhelo creador que impulsa hacia el estudio a todo aquel que desea hacer el bien por el bien mismo.

Leo en un artículo del Repertorio: *Gompers y la nueva era socialista*, que los tabaqueros de Cuba y de Cayo Hueso pagaban un lector para que les leyera, mientras ellos trabajaban, novelas, libros de historia y literatatura. Y aquellos obreros rústicos fueron cultivando su espíritu y fortaleciendo así su sentimiento cívico.

Y Cuando Cuba más tarde necesitó de hombres, entonces los obreros de Cayo fueron auxiliadores de la insurrección, y su colaboración fué un tanto más eficaz que la de muchos otros «preparados».

Jesucristo, cuando escogió el grupo de los que debían considerarse sus discípulos y por consiguiente los propagadores de su dogma, no les preguntó si tenían «preparación», sino que investigó sus conciencias para convencerse que estaba ante hombres «robustos y honrados» (morales).

Pero pienso que hoy posiblemente se tropezaría con la misma dificultad que tal vez asombró al Maestro: la escasez de tales hombres.

Doce solamente fueron los que encontró. Y sin embargo, cuán feliz se mostraría hoy un pueblo que en su seno ostentara la grandeza de unos cuantos apóstoles también.

—Hombres... No despreciéis nunca a los honrados, porque ellos representan un poder; una fuerza ejemplarizadora, que sólo poseen aquellos seres que están por sobre las pequeñeces de las pasiones humanas.

Advierto que hablo aquí sin pretensión de ninguna clase y sin que pretenda atribuirme cualidad alguna. De la tribuna de simple estudiante que me corresponde y sin tener todavía la experiencia que tal vez las alturas confieren a quien por ellas tramita, pretendo contemplar las cosas que el estudio me sugiere sin que esto signifique tendencia o deseo de agrupar en torno mío a nadie. Sólo deseo llegar a aquellos que concientemente estudien estos problemas, para así descubrir cuál es el camino más cercano que conduzca a la verdad, sin que medie la crítica pedante o el insulto callejero.

Recuerdo aquí, a propósito, un pensamiento de Víctor Hugo:

«Sustituir por la mofa el examen es cómodo, pero no es científico». *(W. Shakespeare).*

* *

De paso, el comentarista nos cita la democracia griega y la norteamericana como las representantes del «ayer remoto» y del hoy.

He de puntualizar previamente, que el relato somero que en la tesis se hace acerca de la democracia ateniense, es en todos sus pasajes un reflejo de la admiración que aquel pueblo superior y sabiamente organizado, origina en mi ánimo.

Por eso al comienzo no más se dice:

«Tenía que ser la Grecia, genio del arte y de la literatura, quien legara también al mundo un ejemplo tipo de democracia.

»Pero hay que advertir antes que todo, que la evolución social que experimentara aquel pueblo en

este sentido, es digna de estudio, porque en cualquier aspecto que se la contemple, predomina una lógica severa, que descubre la influencia de una superioridad, muy pocas veces manifestada en la historia de otros pueblos» (pág. 9).

Bastará, pues, con que el lector penetre en dicho relato para que llegue a comprender cuál fué mi intención al pretender armonizar, la organización democrática ateniense, en ciertos momentos de su evolución, con la tendencia que ha servido de base a la afirmación del concepto que acerca de tal problema se esboza.

Por eso se termina diciendo que en la democracia ateniense «se vió resplandecer la libertad y la virtud como impulsoras del nuevo régimen, gracias al talento y honradez de sus directores y gracias también a la importante colaboración que aquel pueblo superior prestara al desenvolvimiento de sus principios» (pág. 16).

Y es que las instituciones sociales viven y se perpetúan en los pueblos, cuando los hombres son para ellas el medio seguro con que han de llegar al triunfo.

Pareciera que los grandes problemas de la humanidad se detuvieran siempre en el umbral de la conciencia de cada hombre, y no es sino cuando éstos han logrado su perfección interior que se ha de ir en busca del perfeccionamiento del conjunto social.

Por eso ha dicho un pensador que el principal problema de la humanidad es el hombre.

Encuéntrense hombres dispuestos siempre a sacrificarse por una finalidad suprema, y entonces ya se tendrá el elemento fundamental con que habrá de construirse la obra gigantesca de una organización social que responda sólo a los más altos designios, llegando a proscribirse la intervención de la pasión individual: del orgullo funesto que destruye hasta los más nobles propósitos, y las tendencias al vicio, que constituyen los principales enemigos del progreso.

En parte ya están realizándose esos ideales en la gran nación yankee (y en algunas otras también), y he ahí el porqué de su grandeza.

Pueblo que, como el de Grecia, se caracteriza por la devoción patriótica de sus gobernantes y por el respeto conciente de los gobernados.

¿Cuál es la historia de sus principales luchas?.

El reflejo de un espíritu superior, que en todos los momentos de crisis ha sabido imponerse a la ambición de los que se extravían por otros caminos.

Unas veces los vemos ensangrentados por defender la causa de los esclavos; y otras los vemos oponerse con todas sus energías en defensa de las instituciones sociales.

Van a la cuna de las libertades en otro tiempo, y combaten a la par de los soldados de la gran revolución; y en nuestros días también ponen en juego su propia existencia por defender un ideal de libertad, y entonces el soldado americano, conciente de su importante misión, y sabedor de que con su gesto contribuía a la inmortalización de una obra en provecho del mundo entero, pone en lo más alto del horizonte de la humanidad, el nombre que le legaran los Wáshington, los Lincoln y tantos otros abanderados de la cultura y de la libertad de la humanidad.

Decía el Presidente Coolidge en un discurso pronunciado en la Universidad de Pensilvania, hace unos cuantos meses:

«Al través de toda literatura griega y romana pasa un gran soplo de patriotismo, lo mismo en las meditaciones de los filósofos que en los discursos de los hombres de Estado o en las proclamas a los ejércitos.

»La historia de esas dos potencias, nos dice elocuentemente que sus progresos fueron el fruto de la fidelidad de los ciudadanos a su ideal; ella nos muestra también, con una elocuencia más pujante aún, la ruina y la miseria que abruman al pueblo tan luego como él se desvía de los principios. No hay camino más seguro hacia la decadencia y la desgracia que la prosperidad si ella no se apoya en la solidez de los caracteres».

Los norteamericanos no son, sin embargo, imitadores serviles de otras civilizaciones. Ellos desenvuelven su espíritu al amparo de lo que sus tendencias culturales exigen, y así dan al mundo el más grande ejemplo de orden y de civilización.

El mismo Presidente citado dice al respecto:

»La cultura griega y romana pertenece al pasado; no se podría hacerla renacer; tratar de copiarla sería inútil, pero conviene continuar su estudio para dar mayor solidez a nuestra enseñanza». (Disc. citado).

* *

¿Será, pues, trastrueque y dislocación de ideas lo que se presenta en *Apuntes sobre Democracia?*

Recojo para finalizar un pensamiento de L. A. Séneca:

«Todo lo fingido vuelve pronto a su naturaleza; todo lo que descansa en la verdad, todo lo que por decirlo así, brota con solidez, crece y mejora con el tiempo.» *Bib. Clás.* XX t. LXX)

JORGE CALZADA

Marzo de 1925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica